

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXI
Enero-Junio 2005
Número 39

SUMARIO

ESTUDIOS

Miguel Álvarez Barredo
Queja de Habacuc ante Dios por la violencia de su entorno: perfiles literarios y tecnológicos de Hab 1,1-4 1-32

Antonio Gómez Cobo
Gozo y alegría. Metáforas de conversión en la «Homelia in laude Ecclesiae» de Leandro de Sevilla 33-85

J. Silvio Botero Giraldo
La fidelidad conyugal, intento de una nueva fundamentación 87-108

Fernando Uribe
El Francisco de Buenaventura. Observaciones después de leer la «Leyenda Mayor» 109-142

Francisco J. Gómez Ortín
El San Francisco, del Teológico (II) 143-173

Domingo Navarro Ortiz
José López Almagro desde una triple perspectiva: sociolaboral, educativa y religiosa 175-202

NOTAS Y COMENTARIOS

Gonzalo Fernández Hernández
Una leyenda monofisita y dos tradiciones alejandrinas en el «crónica» de Juan de Nicio 203-207

Manuel Lázaro Pulido
Reflexiones sobre el Laicismo 209-225

BIBLIOGRAFÍA 227

LIBROS RECIBIDOS 275

EL SAN FRANCISCO, DEL TEOLÓGICO (II)

FRANCISCO GÓMEZ ORTÍN

Según prometimos, cumple ahora, en esta segunda entrega, descifrar la extraña iconografía del cuadro de San Francisco, ubicado en el Instituto Teológico de Murcia.

El tema del lienzo representa un legendario suceso, según el cual el Papa y otros pudieron ver el cuerpo de San Francisco en su tumba, erguido, aunque muerto. Dilucidemos cómo se fraguó esta leyenda. El fabuloso hecho se basaba en una carta apócrifa de Francisco de Baucio, duque de Andria, recogida en la Crónica franciscana de Fr. Marcos de Lisboa en 1557, repetida por varios autores, y divulgada por Wadingo con carácter oficioso en 1623 y 1625. Allí se narra cómo Nicolás V, estando en Asís, bajó a la cripta de la iglesia con unos acompañantes, y vieron que el cuerpo de San Francisco estaba erecto en pie, los ojos al cielo, las manos en las mangas, y las llagas con sangre fresca. En el siglo XVIII, el franciscano conventual Raimundo Missori llegó a atribuir la inspección del cuerpo del santo, no a Nicolás V, sino a Gregorio IX. Los padres franciscanos editores de Wadingo (1931) afirman contundentemente: "Todo lo que se dice del acceso al sepulcro de San Francisco y de la contemplación de su cuerpo y los de sus compañeros, ha de ser absolutamente rechazado, como fábulas" (Annales, 263 nota). Y asimismo, califican de "carta fabulosa" la relación del duque de Andria sobre la visita de Nicolás V al sepulcro del santo, y que Waddingo transcribe íntegra (Annales, 267, nota). La legendaria creencia fue tenida como verdad histórica desde finales del siglo XV hasta el siglo XIX, no sin que faltara algún impugnador, como el bolandista Suyskenus en 1768. La controversia sólo se dirimió con el hallazgo del cuerpo de San Francisco en 1818, quedando patente la falsedad de la leyenda. En 1824, León XII instituyó la fiesta de la Invención del cuerpo de San Francisco.

Bibliografía

- (Agüera) José Carlos Agüera Ros: “De Galle a Leu para iconografía pictórica franciscana seiscentista”, en *Carthaginensia*, 35 (enero-julio 2003).
- (Angulo) Diego Angulo Iníguez y Alfonso E. Pérez Sánchez: *Historia de la Pintura Española. Pintura Madrileña. Primer tercio del siglo XVII*. Madrid, CSIC, 1969.
- (Arques) *Colección de Pintores y Escultores desconocidos, sacada de instrumentos antiguos auténticos*. Por el R. P. Maestro Fr. Agustín Arques Jover, mercedario . Estudio y notas: Inmaculada Vidal , Lorenzo Hernández Guardiola. Alcoy 1982.
- (Bihl) Michael Bihl, ofm.: “*De epitaphio quodam apocrypho S. Francisci*”, en *Archivum Franciscanum Historicum XXI* (1928) 601-604.
- (Bohón) *Hora Seráfica. Ultima y postrimera jornada, que hizo deste mundo al cielo el más pobre caminante de los mortales San Francisco, serafín peregrino, y hombre todo endiosado. Paraphraseada con algunas anotaciones para el púlpito*. Pondérase en esta Hora y Peregrinación final, el misterio de morir en el suelo desnudo y la maravillosa assumption del alma: el Mayorazgo que su Santísimo Espiritu está gozando en la gloria; y la prodigiosa estación del cuerpo sobre la tierra. Ofrece la distribución desta Hora en quatro quartos a los hijos del Santísimo Patriarca, en la postrera vigilia de su vida, el más indigno de su Sagrado Hábito Fr. Francisco Bohón y Arxona, Provincial que ha sido de la Provincia de Santiago. En Salamanca. Por Melchor Estevez, año de 1675.
- (Bracaloni) Leone Bracaloni, ofm.: *L'Arte francescana nella vita e nella storia di settecento anni*. Todi, Tip. Tuderte, 1924.
- (Chatel) *Saint François d'Assise. I. Vie de Saint François. II. Saint François après sa mort*. Publicado por los PP. Arsène de Chatel, ofmcap., Louis-Antoine de Porrentruy, ofm y l'Abbé Brin, sacerdote de S. Sulpicio. Paris, E. Plon, Nourrit , 1885. (Texto de la I Parte es del P. L. Cherancé, el mismo de su Vida de San Francisco). Ilustración de la Visita de Nicolás V en la cripta de San Francisco, con ocho personas (p. 265).
- (Cherancé) Leopoldo de Cherancé, ofmcap.: *Vida de San Francisco de Asís*. Traducción de E. D. A.. Buenos Aires, Ed. Difusión, 1945. (Escrito en

1880, y 1ª ed. francesa de 1883). Véase también la obra anterior I. *Vie de Saint François*.

- (Cornejo) *Chronica Seráphica. Vida del Glorioso Patriarca San Francisco y de sus primeros discípulos*. Por el P. Damián Cornejo, de la Provincia de Castilla y Chronista General de su Orden. Parte Primera. En Madrid: Por Juan García Infançón, 1682.

- (Cornejo) *Vida del Glorioso Patriarca San Francisco de Asís*, escrita por Fray Damián Cornejo. Valencia 1884. (Reproduce la *Chrónica* de Cornejo, de 1682, antes citada). Al no aparecer nombre de editor de esta obra, y sí una nota inserta en pp. 777-778, firmada por el P. M. Malo, cabría atribuirle a éste su publicación. El mismo P. Malo, que en su obra *Simulacro o Retrato de San Francisco de Asís* (1882 y 1886), omite toda alusión a la creencia, desechada en 1818, sobre el cadáver de San Francisco, sin embargo, en esta reedición de Cornejo, juzgó necesario incluir esa nota aclaratoria.

- P. Victorino Facchinetti, ofm.: *San Francisco de Asís en la historia, en la leyenda, en el arte*. Traducida por el P. Samuel Eiján. Tomo II. Barcelona, José Vilamala, 1925.

-Fr. Antonio Ferrer, guardián de S. Juan Bautista de la ciudad de Valencia, de los descalzos: *Arte de conocer y agradar a Jesús*. Origiuela, Luys Berós, Año 1631.

- José Antonio Gaya Nuño: *La obra pictórica completa de Zurbarán*. Introducción de J. S. Gaya Nuño. Estudios críticos de Tiziana Frati. Barcelona, Madrid, Moguer, 1974.

- Manuel Gómez Moreno: *Catálogo monumental de la Provincia de Ávila*. Edición de Áurea de La Morena y Teresa Pérez. Madrid, Dirección General de Bellas Artes, 1983.

- *Lexikon der christlichen Ikonographie. 6. Ikonographie des Heiligen*. (Director) Kart Georg Kaster. 1974. Herder, Rom, Freiburg, Basel, Wien.

- *Primera Parte de las crónicas de los frailes menores*, por Fray Marcos de Lisboa, traducida de lengua portuguesa en castellana por el Padre Fray Diego Navarro. En Alcalá, 1568. Libro X, cap. I, ff. 186-187.

- *Tercera Parte de las Crónicas de la orden de los frailes Menores del seráfico padre sant Francisco*. Nuevamente ordenada y sacada de los libros y memoriales de la orden, por Fray Marcos de Lisboa, fraile Menor de la observancia de la provincia de Portugal. En Salamanca. En casa de Alexandro de Canova. Año MDLXX.

- Emile Mâle: *El arte religioso de la Contrarreforma. Estudios sobre la iconografía del final del siglo XVI y de los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Encuentros, 2001. Traducción de Ana M^a Guasch. (Sin las ilustraciones de la 2^a edición francesa, de París 1951).

- *Galería Seráfica, o sea, Vida del Gran Padre y Patriarca San Francisco de Asís*, ilustrada con láminas de los cuadros de Viladomat. Obra escrita por el Rdo. D. Francisco de Asís Mestres, franciscano exclaustrado. Publicada a instancia del Rdo. D. José Clariana, franciscano exclaustrado. Tomo segundo. Barcelona, José Ribet, 1857.

- *Las Tres Partes de las Crónicas Antiguas de la Orden de los Frayles Menores de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*, del R. S. D. F. Marcos Obispo del Puerto: Dispuestas por Fray Juanetin Niño, del Convento de Salamanca, Ministro Provincial que ha sido de la misma Provincia de Santiago. Tomo Primero. En Salamanca, Imprenta de Antonia Ramirez. Año de 1626.

- Louis Réau: *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos, de la A a la Z*. Tomo 2/vol. 3. Barcelona, Ediciones El Serbal, 1997, p. 563 (original francés 1957).

- *Década Seráfica. Oraciones panegíricas en las Fiestas Principales de la Religión de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*. Escrita por el R. P. Fr. Miguel de Salas, de la Provincia de Aragón. En Zaragoza, Herederos de Diego Dormir. Año 1696.

- F. J. Sánchez Cantón y Elías Tormo y Monzó: *San Francisco de Asís en la Escultura Española*, por F. J. Sánchez Cantón, con un prólogo de E. Tormo. Madrid, 1926.

- *Año Predicable*, por el R. P. Fr. Pedro Sánchez Ruiz, de la Orden de N. P. San Francisco, hijo de la Santa Provincia de Cartagena, Lector Jubilado, Examinador Synodal del Obispado de Cuenca y Guardián que ha sido en el Convento de dicha Ciudad. En Murcia, Phelipe Díaz Cayuelas. Parte I^a (1745). Parte Segunda (1747).

- *Epílogo de la Vida, Muerte y Milagros del Serafín Ilagado Patriarca San Francisco*. Por el P. Fr. Juan de Soria Butron, lector de Theologia, en el Convento de San Francisco, de Cuenca, hijo de la Provincia de Cartagena. Año 1649. En Cuenca. Por Salvador de Viader.

-Maurice Vandalle: *Saint François d'Assise et ses interprètes dans l'art*. Paris 1927. « El erudito Mr. Maurice Vandalle acaba de publicar una importante iconografía franciscana, con el título de *San Francisco de Asís y sus intérpretes en el arte*, la cual contiene una lista de 1400 nombres de artistas. Cítanse hasta 1.660 obras” (Fr. Samuel Prats, *No me olvido de ti*, en *Espigas y Azucenas*, 15-junio-1928, p. 336).

- Elisa Vargas y Marco Díaz: “Historia, leyenda y tradición en una serie franciscana”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, 44 (1975).

- VV. AA.: *L'immagine di San Francesco nella Controriforma*. Roma, Quasar, 1983.

- *Annales Minorum, seu Trium Ordinum a S. Francisco institutorum*, auctore Luca Waddingo Hiberno, Ordinis Cronologo. Tomus II. Editio tertia accuratissima auctior et emendatior ad exemplar editionis P. Josephi Mariae Fonseca ab Eborá. Ad Claras Aquas (Quaracchi), 1931. Editores Waddingiani. (1ª ed. 1625).

Textos

Pese a su extensión, transcribimos varias de las más primitivas relaciones de la susodicha leyenda, por donde se ve cómo ésta fue gestándose por acumulación de datos inverosímiles. Una fantasía desbordada y calenturienta fue inflando la leyenda con ciertas delirantes interpretaciones místicas de autores barrocos y alucinantes detalles, como que en el sepulcro, junto a San Francisco vivo, aparece también Santo Domingo.

- Lisboa (1570). (Libro Segundo, Parte III, f. 58 v.):“Cap. XXXII. Del Papa Nicolao quinto que vio el cuerpo de S. Francisco.- Fue también este summo pontífice devotísimo del padre S. Francisco, y con desseo de ver su sancto cuerpo, fuese a la ciudad de Assís, y entró en la iglesia soterraña adonde está su cuerpo, solamente con Astergio Cardenal Inglés del titulo de sant Eusebio y con el Arçobispo de Benavente [sic] y otro obispo Francés,

y con un privado suyo llamado Pedro Noceto de Luca. Y el dicho Cardenal en Roma estando para morir en el año de 1475, contó lo que avía visto al Abbad Iacome su camarero principal, / (f. 59) el qual fue después obispo de Ariano. Y este venerable obispo descubrió las cosas que le avía contado el dicho Cardenal a algunas personas y especialmente al obispo de Adria y al Duque de Adria, y a doña Leonor de Aragón, hija del Rey don Fernando de Sicilia. La qual relación, con autoridad del dicho Duque, fue publicada por toda Italia y después por toda la cristiandad, y no se escribe aquí porque queda escripta en la primera parte destas crónicas de la orden en el primero capítulo del libro décimo. El bienaventurado fray Iacome de la Marca dava testimonio de la bondad de dicho Cardenal Astergio y tambien del dicho Duque de Adria, que fue tan amigo de nuestro Señor, que todos los dias rezaba muy devotamente el divino officio, como un sacerdote”. (Libro Sexto, Parte III) “Capitulo LXIII. Como el Papa Sixto vio el cuerpo del padre Sant Francisco.-... (f. 155) En el año siguiente de 1476 vino el Papa a Assis a visitar el cuerpo del padre S. Francisco que mucho deseaba ver, y el ministro general que presente estava, busco las llaves y tuvo todas las cosas aparejadas en una noche . En la qual el cardenal arzobispo de Milán, que era muy familiar al Papa, y Andrés de Norsia capitán de la guardia de su sanctidad, y el ministro general y el custodio y el sacristán que llevaba una hacha encendida en la mano, entraron con el papa en el lugar adonde está el cuerpo de sant Francisco. Y entrando y viendo el sancto cuerpo, prostrados en tierra, no se podían abstener de lágrimas y sollozos, y después reprimidas las lágrimas, con gran reverencia tocó el papa y besó las sanctas plagas de los pies y manos y del lado del seráphico padre sant Francisco, y cortó algunos cabellos de su corona que traxo por grandes reliquias, y bolbióse muy consolado. El dicho Andrés de Norsia quedó de aquella vista del cuerpo de sant Francisco con tanta devoción a la orden, que todas las veces que veía los frailes, le corrían lágrimas de los ojos. Y el summo pontífice, movido de gran hervor, tuvo pensamientos de abrir la capilla del padre sant Francisco, y mostrar al mundo la maravillosa reliquia de su sancto cuerpo, por la grande fe y devoción que haría en los christianos. Y comunicando esto con el sancto fray Iacome de la Marca para que supiesse de nuestro señor si era esto su sancta voluntad, el sancto varón después de hacer oración le dixo que era voluntad divina guardarse esta sancta reliquia secreta, para otro tiempo en que los christianos tuviesen más necesidad de les ser descubierta”.

- Wadingo (1628), cuyo texto latino traducimos. (p. 263): “No faltaron personas importantes que quisieron verlo y lo consiguieron, como el Cardenal español Gil Carrillo de Albornoz, los Pontífices Nicolás V y Sixto, el

Duque de Milán Francisco Sforzia, y ciertos varones de Asís... Entre los nuestros, y principalmente, en el sacro convento, existe la perpetua tradición y común asentimiento de que aún se conserva el cadáver del santo, erecto en pie, íntegro, ileso, con los ojos abiertos y con las llagas manando sangre fresca". Hay una nota del editor Chiappini que dice: "Todo esto y lo que sigue sobre la entrada al sepulcro de S. Francisco y sobre haber visto su cuerpo y los de sus compañeros, y lo demás sobre el asunto, todos saben que todo eso ha de ser absolutamente rechazado entre las fábulas". A continuación (pp. 263-267), el cronista recoge ampliamente testimonios de personas que presuntamente habían visto el cuerpo de San Francisco, transcribiendo literalmente sus relatos y cartas. Concluye estampando el supuesto epitafio del sepulcro de S. Francisco, que atribuyó a Gregorio IX en 1623, pero aquí no lo adjudica a nadie, el cual reza así (p. 267):

V. S. C. A.
 FRANCISCI ROMANI
 CELSA HUMILITATE CONSPICUI
 CHRISTIANI ORBIS FULCIMENTI
 ECCLESIAE REPARATORIS
 CORPORI NEC VIVENTI NEC MORTUO
 CHRISTI CRUCIFIXI PLAGARUM
 CLAVORUMQUE INSIGNIBUS ADMIRANDO
 PAPA NOVAE FOETURAE COLLACRYMANS
 LAETIFICANS ET EXULTANS
 JUSSU MANU MUNIFICENTIA POSUIT
 ANNO DOMINI MCCXXVIII
 XVI KALENDAS AUGUSTI
 ANTE OBITUM MORTUUS POST OBITUM VIVUS .

(Traducción: "Al varón seráfico, católico, apostólico. Al cuerpo ni vivo ni muerto de Francisco romano, insigne por su excelsa humildad, sostén del orbe cristiano, reparador de la Iglesia, cuerpo digno de admirar por las señales de los clavos y llagas de Cristo Crucificado, el Papa, llorando, alegrándose y saltando de gozo por la nueva criatura, puso este monumento con su mandato, mano y munificencia, el año del señor de 1228, 15 de julio. Antes de la muerte, muerto; después de la muerte, vivo").

- Juanetín (1626): I Parte. Libro IV. (p. 228) "Capítulo I. De cómo está el cuerpo de nuestro Padre San Francisco en la ciudad de Assís.- De la sepultura de N. P. San Francisco se halla escrito un testimonio, que embió el Duque de Adria al gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba de cómo

está su santo cuerpo: dado y confessado por un venerable Abad llamado don Jacobo en esta manera. Yo el Abad Jacobo teniendo grandísimo deseo de saber adónde y cómo está el cuerpo del bienaventurado san Francisco, pregunté a un señor Cardenal, el qual era fama que avía ydo con el Papa Nicolao a ver el cuerpo del dicho santo. El qual Cardenal estava tan gravemente enfermo que el siguiente día dio el alma a Dios. Y yo le pedí que me dixesse lo que en esto sabía. Y el Cardenal me dixo. Abad Jacobo hijo mio, ya sabes quanto amor y voluntad te tengo; por lo qual no devo dexar de condescender a tu petición; forçado del amor que te tengo, yo te diré lo que vi. Sabrás que el señor Papa Nicolao teniendo grande desseo de ver el cuerpo del bienaventurado San Francisco, determinó de yr a Assís , y en llegando a la dicha ciudad, embió a decir al Guardián del Monasterio de los frailes Menores, adonde el cuerpo del santo está, cómo el era allí venido con esta intención. Lo qual embió a decir con Micer Pedro de Nocedo su Secretario: y dado este recaudo al Guardián, él viendo cosa tan nueva y que otros Sumos Pontífices no lo avían intentado de hazer, temió que fuesse la voluntad del Papa desposseer a la Orden, y casa de tan grande tesoro, y llevarle a Roma o a otro lugar: y por esta razón el dicho Guardián ponía escusa e impedimento. Y sintiendo esto el señor Papa, tornó a enviar su Secretario al Guardián asegurándole que no era tal su intención. Y assí certificado el Guardián, pidió a su Santidad, que él solo con otros tres de los suyos , y no más viniesen. Y el Papa hízolo assí porque no llamó sino a mí y a un Obispo Francés y al dicho su Secretario Mizer Pedro. Y a tres horas passadas de la noche, el Guardián fue a llamar al señor Papa diziendo que todas las cosas estavan aparejadas, y assí el Papa y nosotros, llegados al lugar, vimos primeramente cierta parte de un muro bien grueso derribada y hecha una puerta, porque el Guardián la avía hecho abrir porque el señor Papa no se detuviesse. Y entrando por allí entramos en una bóveda, y en el cabo della estava un portal de mármol muy bien labrado, y estavan unas puertas de metal en aquel arco o puertas, las cuales tenían tres cadenas con tres candados de diversas llaves, las cuales el dicho Guardián abrió. Y abiertas las puertas salió tanta suavidad de olor, que no podíamos sufrir su fragancia. Y entonces el Guardián dixo al Papa, que su Santidad podía entrar. Y el señor Papa tomó una hacha encendida en la mano y entró dentro solo, y de allí a un largo intervalo començó a llorar y a sollozar tan fuertemente , que los que estávamos fuera acordamos de entrar dentro, y en entrando, vímosle estar derribado en tierra con el mismo solloço y lágrimas que avíamos oydo. Y levantándole de allí, miramos todos a una parte y a otra, y vimos todo el lugar que estava a manera de bóveda, y tenía cierto apartamiento de mármoles en medio de la dicha bóveda, y una puerta en medio a manera de coro, que no subía más que hasta la cinta, en el qual apartamiento estava el

cuerpo del bienaventurado S. Francisco. Y era cosa de admiración que un cuerpo humano muerto de tanto tiempo, estuviese de la manera que él estaba, porque estaba en pie derecho, no allegado ni recostado a parte alguna ni de mármol ni de pared ni de otra cosa. Tenía los ojos abiertos como de persona viva, y alçados contra el Cielo moderadamente. Estaba el cuerpo sin corrupción alguna, con el color blanco y colorado, como si estuviera vivo. Tenía las manos cubiertas con las mangas del hábito delante de los pechos, como las acostumbran a traer los frayles Menores. Y viéndole assí el Papa, puso las rodillas en tierra con gran reverencia, y alçó el hábito de encima del pie, y vio él y los que allí estávamos, que en aquel santo pie estaba la llaga con la sangre fresca y reziente, como si en aquella hora se hiziera con hierro en algún cuerpo vivo. Lo qual todos vimos y començamos a derramar copiosas lágrimas, viendo en aquel cuerpo maravilloso las llagas que nuestro Maestro y Redemptor Iesu Christo por nuestra reparación sufrió en el árbol de la santa Cruz. El otro pie no le vimos, porque estaba el pie cubierto con el hábito. Y miró su Santidad el lado derecho, y vio que tenía el hábito abierto, y la llaga tan fresca y reziente, como la de las manos y de los pies. Y él solo y no nosotros la besó y la boca del santo, y sintió tanta devoción y santidad, que fue cosa maravillosa según se mostrava por los efetos exteriores. Finalmente tanta consolación sentimos todos en el alma y en el cuerpo, que no mirávamos en que era ya passada toda la noche. Y el guardián dixo al señor Papa, que era ya muy cerca de la mañana, y assí salimos fuera de aquella capilla o apartamiento de mármoles. Y miramos (p. 230) a una parte y a otra, y vimos unas sepulturas cubiertas de alambre, en las cuales estaban los compañeros del bienaventurado Padre enterrados, las cuales abiertas, vimos que estaban todos enteros y que salía de ellos grande suavidad de olor. Y junto con la puerta estava el cuerpo del santo fray Gil. Y el señor Papa se fue a su posada, y el Guardián quedó cerrando la puerta y muro. Esto es, hermano Jacobo, lo que yo vi, por lo qual debes loar y magnificar a Dios que corona a sus santos en la gloria del Cielo y aún acá en la tierra. Yo don Francisco de Balso, Duque de Adria, doy fe y testimonio, que lo oí al sobredicho Abad Jacobo, el qual es agora Obispo de Ariano¹, que lo oyó de la boca del dicho Cardenal, el qual aquella noche dio el alma a Dios, por lo qual es de creer, que hombre de tanta autoridad, fama y estado, tan llegado a la muerte, no diría cosa que no fuese verdadera. Y por tanto debe ser esto a todos los Christianos lumbré y

¹ Ha de ser Jacobo de Cavallina, que fue obispo de Ariano desde el 8 de abril de 1463 hasta 1480, año de su muerte (Eubel, *Hierarchia Catholica medii aevi*. Munich 1914, II, 94).

confirmación de nuestra santísima fe católica, la qual el dicho bienaventurado san Francisco acrecentó en loor y honra de nuestro señor Dios”.

(p. 278) Cap. LV. “De cómo fue visto el cuerpo de nuestro Padre San Francisco.- (p. 279) Estando en Assís el dicho Cardenal Legado, llamado Egidio Albornoz, Español de nación , desseó ver el cuerpo del glorioso Padre san Francisco, cuyo devotísimo era. Y después que entró al lugar donde aquel sagrado tesoro está depositado, reverenciándolo devotísimamente , viendo las sagradas llagas impresas en el cuerpo del Seráfico siervo, con grande exclamación dixo: Verdaderamente, sólo san Francisco es suficiente para confirmar la verdad de la Religión Cristiana. Y mandó hazer una Capilla en el mismo Convento de san Francisco de Assís y un sepulcro para su enterramiento. Murió después este venerable Cardenal Egidio Albornoz en la ciudad de Viterbo, y fue llevado su cuerpo a Assís, y sepultado en depósito en la iglesia de san Francisco, como él lo avía ordenado, y después fueron sus huessos trasladados a Toledo . (p. 280) Capitulo LVII. De cómo el Papa Sixto Quarto vio el cuerpo de nuestro Padre san Francisco.- En el año siguiente vino el Papa a Assís a visitar el cuerpo de N. Padre S. Francisco que mucho deseaba ver, y el Ministro General que presente estava, buscó las llaves, y tuvo todas las cosas aparejadas en una noche para esto señalada. En la qual el Cardenal Arzobispo de Milán, que era muy familiar y acepto al Papa, y Andrés de Norsia Capitán de la guarda de su Santidad, y el Ministro General y el Custodio y el sacristán que llevaba una hacha encendida , entraron con el Papa en el lugar adonde está el cuerpo de N. Padre. Y entrando y viendo el santo cuerpo, prostrados en tierra, no se podían abstener de lágrymas y sollozos, y algún espacio después reprimidas las lágrymas con reverencia y temor tocó el Papa, y besó las santas llagas de los pies y manos y del lado del Seráfico Padre san Francisco, y cortó algunos cabellos de su corona, que traxo por grandes reliquias, y bolviose muy consolado”.

- Ferrer (1631): (pp. 136-37) “Otra maravilla; a Christo le vio San Esteban de pies en el Cielo, y allí, como dize S. Juan, haze officio de abogado nuestro: porque como se quedó con las llagas, que por nosotros recibió, las enseña a su Eterno Padre, y por ellas le pide mercedes para nosotros. Assí Francisco está en su cuerpo en su Convento de Assís en una Iglesia que ay debajo de tierra, donde jamás entra nadie; porque para celebrar las Missas y officios divinos, ya ay dos Iglesias sobre ella. Está el santo cuerpo entero, con el color blanco y colorado como si estuviera vivo: está en pie, sin estar arrimado a cosa ninguna, con los ojos abiertos, alçados azia el Cielo, y las llagas tan frescas como si agora las acabara de recibir: como enseñándolas

al Hijo de Dios, cuyas son, y pidiéndole por ellas mercedes para sus hijos y para todos sus devotos y aficionados. Assí que bastava este prodigio por exemplo rarísimo de la Passión del Salvador”.

- Butrón (1649): (f. 159 v.) “Quarta parte. Cap. VIII. De la postura extraordinaria con que está oy el cuerpo de San Francisco.- Passados eran más de dozientos años desde esta celebre traslación (1230), quando disponiéndolo assí el cielo, para manifestación mayor de la gloria de su siervo san Francisco, unas ansias grandes y eficaces afectos le sobresaltaron el coraçón a Nicolao V, para ver con sus propios ojos el cuerpo llagado de san Francisco. Iuntó alguna gente grave, y con ella se determinó ir a la ciudad de Assís para lograr su fervoroso deseo. Avisó luego al Guardián superior del Convento, adonde el glorioso padre san Francisco estava, de su determinación, y cómo avía venido a aquella ciudad sólo con intención de ver el cuerpo de san Francisco, y que assí le ordenava y mandava, que dispudiese la entrada, facilitando cualquiera inconveniente que pudiesse ser estorvo a lo dicho. Dióle al Guardian el recaudo no poca pena y desconsuelo, pues viendo semejante determinación y cosa tan nueva, que otros Pontífices no la avían intentado jamás, con aver sido algunos por extremo (f. 160) sus devotos, a presumir llegó no fuesse la voluntad del Pontífice desposeer a aquel Convento del más precioso tesoro que se descubría en la tierra, dando a la ciudad de Roma la joya que con tantos títulos poseía la ciudad de Assís. Y por si acaso podía desvanecer aquellos intentos del Pontífice, empeçó a poner graves impedimentos. Y de verdad que los tenía; porque como aquel tesoro era tan rico, a esse passo le avían puesto en su defensa muros y antemuros para que no fuesse con mediana ocasión visto. Entendió el Pontífice los miedos y temores del Guardián, y por quitarle todo recelo, su Secretario le embió, para empeñarle su palabra y certificarle que su intento no era despojar a su Religión de tanto bien, sí ver solo con sus ojos un prodigio mayor de la Iglesia, que creya por el dicho y Fe de los otros. Assegurado el Guardián de los desinios del Pontífice, porque su Santidad no esperase, no dixo, que tendría la entrada facilitada a tal hora de la noche; pero que le suplicava que no viniese su Santidad más que con tres de acompañamiento, porque no se conmoviese toda la ciudad si acaso lo sabían. Hizo el Guardián abrir en un muro grueso, que avía por defensa de la bóveda, una puerta suficiente, lo qual hecho al Pontífice avisó, diciendo que ya estava la entrada dispuesta. Vino el Pontífice trayendo consigo a un Cardenal, a un Obispo francés y a Micer Pedro de Nocedo, su Secretario; y solos los quatro, en compañía del Guardián, entraron con una hacha por la puerta del muro que avían derribado (que para ver a un hombre con semejanzas de Christo en su modo transfigurado (f. 160 v.) y elevado de sí, cinco testi-

gos, ni más ni menos, como en el Tabor convino que se hallasen), llegaron a la bóveda, que estava debaxo de tierra, y al fin della, un portal de mármol, muy bien labrado, descubrieron, y en él unas puertas fuertes de metal, a los quales hazía aun más fuertes tres cadenas, con tres candados de diversas llaves que tenían. Abrió el Guardián las dichas puertas, y fue tan grande el ímpetu de fragancia, que salió de adentro, y suavísimo olor, que apenas le pudieron sufrir. Cogió el hacha el Pontífice, y porque a él solo se atribuyesse el ser Colón famoso y descubridor de las más preciosas Indias, solo primero quiso entrar. Fue con la luz discurriendo por la bóveda, en la qual vio ciertos apartamientos de mármoles en medio, y allí una puerta a manera de Coro, que no subía más que hasta la cinta. Acercóse más al dicho apartamiento, y en él vino a descubrir lo que buscava, que era el cuerpo de Francisco. Estava aquel santísimo cuerpo en pie, sin arrimarse a cosa alguna, tenía los ojos abiertos, como si estuviera vivo, elevados al cielo; no tenía parte el cuerpo a quien la corrupción huviesse tenido osadía para ofender; antes sí gozava del color tan roxo, como si no fuera difunto: estava el santo con las manos cruzadas delante el pecho, cubiertas con las mangas del hábito de la suerte que acostumbrava viviendo. Quedó el Pontífice pasmado a vista de aquel espectáculo, mirando a un cuerpo difunto, después de doscientos años, no solo sin corrupción, pero como si (f. 161) estuviera en todo vivo, y todo lleno de espíritu y devoción, con el corazón traspasado, y derretido, bañado en copiosísimas lágrimas, al suelo se arrojó, y allí postrado a los pies de aquel cuerpo muerto vivo, tantos suspiros empezó a lançar y a dar tan desmedidos sollozos, que recelándose los quatro que a la puerta se avían quedado, de algún fracaso, sin aguardar más licencia se entraron. Vieron todos lo que había visto el Pontífice, sintieron en sus almas otros semejantes efectos, y levantando del suelo a su Pastor, empezaron a descubrir los preciosos jacintos de las llagas. Hincóse con mucha devoción el Pontífice, y levantando el hábito de encima de un pie vio él y los demás la llaga con la sangre tan fresca, como si hubiera sido hecha en aquella misma hora; besáronla, quisieron hazer lo mismo con el otro pie, pero como estava con el hábito cubierto, teniéndole preso y cogido con el mismo pie, no le pudieron ver. Fueron luego a mirar las manos, y apartando el hábito dellas, las hallaron de la misma suerte que habían descubierto la del pie, las quales también todos besaron bañados en lágrimas. Discurrió luego el Pontífice a la llaga del costado, y hallando una abertura en el hábito, la llaga vio tan fresca como la de las manos y el pie. Besóla solo el Pontífice por la decencia de tan grande reliquia; y en esta vista divertidos (f. 161 v.) estuvieron, que quando ellos pensaron que avían estado un espacio de una hora, passada toda la noche, el día vino muy cerca. Avisó el Guardián al Pontífice cómo apriesa venía la mañana, salieron de aquel apartamiento de már-

moles, y mirando en la capilla a todas partes, vieron unas sepulturas sobre la tierra, cubiertas de redes y enrejados de alambre, adonde estaban los compañeros de san Francisco: las quales abiertas, hallaron los cuerpos enteros y con buen olor, y finalmente en la salida vieron el cuerpo del beato fray Gil. Salióse el Pontífice, y el muro después tornóse a cerrar como estava”.

- Bohón (1675): (p. 87) “Si la Estrella dicitur ab stando, hasta con la etimología de la estrella cumplió san Francisco, pues incorrupto y en pie está su sagrado cuerpo esperando el día del juicio para reunirse con su santísima ánima”. (p. 119) “Último Quarto. En que se pone y pondera la prodigiosa estación del cuerpo del seráfico Padre, sobre la tierra.- Por algunas señales con que le han visto en su santo Sepulcro testigos de mayor excepción, se colige que de el cuerpo de San Francisco muerto se puede predicar como de cuerpo vivo y glorioso. (p. 121) También es argumento de que en algún modo está ya el cuerpo del seráfico Padre glorificado, el no estar posturado, ni sentado, sino en pie, entre la tierra y el ayre .(p. 126) Por esso, en el Epitaphio, que mandó poner en su sepulcro el Sumo Pontífice Nicolao Quinto, que tuvo la dicha de verle, ordenó se pusiesse: Corpori nec viventi nec mortuo, pero todos los que negaren la posibilidad de este estado medio, por fuerza han de confesar, que ya el Seráfico Padre está vivo y resucitado. Lo primero, porque estar un cuerpo en pie sustentado sobre las mismas plantas, sin caer en la tierra, y esso no por horas ni años, sino por más de quatro siglos; este no es privilegio concedido a los que están muertos, ni aún a los vivos, que no viven con vida inmortal . Lo segundo, porque el estar con los ojos aviertos y clavados en el cielo, tan poco es señal de muerto, sino de quien vive y está en éxtasis o arrobado, pues como vemos a todos los que mueren, quando los amortajan, si acaso murieron con los ojos aviertos, se los cierran; y mientras no resucitan, no les buelven abrir. Lo tercero, porque el Seráfico Padre tiene las llagas de las manos, pies y costado, como unas rosas abiertas y coloradas, siempre con sangre reciente, como heridas frescas, y esto tampoco puede persuadir a que está muerto, antes es argumento fuerte de que vive, porque a todos los muertos se les cierran las llagas, que padecían quando vivos. (p. 141) y por quanto ni la muerte ni el tiempo, en tantos siglos han podido prevalecer contra el cuerpo del Seráfico Padre, introduciendo en él el menoscavo y corrupción, que desvaratan a los demás, sino que antes le conserva Dios incorrupto con toda su integridad”.

- Cornejo (1682): (Parte Primera, Libro V, p. 542) “Capítulo XXXIV. Maravillosa postura de el Cadáver de San Francisco en el Sepulcro.- La fama póstuma de los Santos, es la parte mas principal de sus accidentales

glorias; porque siendo para los mundanos el sepulcro profunda sima, donde en sombras de olvido, se pierden sus memorias, es para los justos una boca eloquente, que con lengua de milagros (p. 543) publica sus hazañas virtuosas. ¡O qué glorioso fue para San Francisco su Sepulcro! Aun en su misma casa le desconoce la muerte, porque en ella se conserva con señas de vida. Incorrupto enteramente su cadaver, permanece puesto en pie, respirando celestiales fragancias, vertiendo sangre fresca de las heridas, y puestos en el Cielo los ojos....O ay muerte viva, o ay vida muerta, pues ay un cuerpo sin alma, que está en pie subsistente como vivo, y no respira como muerto. Esta estupenda maravilla, nunca bien ponderada y siempre admirable, estuvo muchos años oculta y ignorada; porque como la translación de su cuerpo de la Iglesia de San Jorge al Templo nuevo se hizo con el tropel y sediciosas circunstancias, que dexo dichas, no hubo oportunidad para que se registrase este prodigio . Fray Elias deseaba quedasse tan ignorado este sepulcro, como el de Moyses...Para este fin, después de aver puesto en la Iglesia subterránea una fuerte puerta de bronce, cerrada con tres gruesas cadenas de llaves distintas: mazizó la entrada en la forma misma de la labor de la pared maestra; y oy día está assí, porque después de las entradas que se han hecho, siempre se ha mazizado. Esta es la causa, porque desde el día de la colocación hasta el tiempo de Nicolao Quinto, ninguno huviesse entrado en la bóveda porque los Prelados, que lo hallaron assí dispuesto, no quisieron alterarlo, aprobando el dictamen de Fray Elias, que en la verdad era prudente. Fuera de esto, siendo la obra de el Templo tan sumptuosa, y tocando con especial título de propiedad a los Pontífices, aunque los Prelados de la Orden huviessem deseado ver el Cuerpo de su Santo Fundador, nunca se atrevieran a intentarlo, y fuera temeridad hazerlo, aviendo de romper una pared maestra, acaso con riesgo de que se sintiesse la fábrica. Esto me ha parecido notar, para curar escrúpulos en los críticos de la Historia, y passo ya a la relación de este sucesso. Por los años del Señor de 1449, el Sumo Pontífice Nicolao Quinto, hallándose en Assís a negocios de la Silla Apostólica, tuvo ardentíssimo deseo (p. 544) de ver el Cuerpo y adorar las reliquias de San Francisco, de quien avía sido cordial devoto. Para este efecto mandó a Pedro de Noceto, Secretario suyo, que previniesse al Guardián del Convento para que diesse forma de entrar en el Sepulcro del Santo. El Guardián, que no podía resistir a precepto tan soberano, se afligió mucho, rezeloso de que el Pontífice quisiesse despojar a su Convento de tan apreciable tesoro. Convocó a su Comunidad para conferir qué medio decente se podría tomar para asegurarse de sus temores, sin faltar a tan precisa obediencia. Con la resulta de la conferencia, se fue a los pies del Papa; y le suplicó que esta función se hiciese con grande secreto, para obviar inconvenientes , que tenían a la Comunidad afligida. Parecióle al

Pontífice justa la súplica, aunque la contradixo un Obispo Francés, que se hallaba presente; pero no obstante, se dio orden para que con la posible cautela se levantasen las piedras, que cerraban la primera entrada, y se señaló hora oportuna en el silencio de la noche, que fue la décima. Eligió el Pontífice al Cardenal Astergio Presbítero del título de San Eusebio y Arzobispo de Benevento, al Obispo Francés, y a Pedro Noceto su Secretario, que le acompañasen, y permitió que el Guardián eligiese a tres de su Comunidad para el mismo efecto. Llegada la hora, y abierta en el muro la primera entrada, llegaron a la puerta de bronce, baxando quince gradas de mármol por un callexón estrecho, tortuoso y caracolado. Dio el Guardián las tres llaves de las tres cadenas; y abiertas, entró solo y primero el Pontífice con una acheta encendida en las manos. Apenas registraron sus ojos aquella estupenda maravilla, quando prorrumpió en devotos suspiros y voces, llamando a los que quedaron afuera. La postura que tiene el Santo Cadáver es esta. Está puesto en pie derecho en el ayre, y sin arrimo a parte alguna, cubierta la cabeza con la capilla, los ojos en elevación claros y resplandecientes, como si estuvieran vivos, las manos cruzadas dentro de las bocas de las mangas, los pies el uno descubierto, que se ve la llaga, y no del todo sentado en el suelo o pavimento de el Altar, el otro cubierto, cuya planta pisa la fimbria del habito, tiene el rostro buuelto al Occidente. Quando dieron lugar las lágrimas y admiración, registraron muy por menor las circunstancias, y el Sumo Pontífice levantando la fimbria, tocó la llaga del pie, y la vió con sangre fresca, como si estuviera vivo, aviendo más de doscientos y veinte años que era difunto. Permitted que le besassen el pie, y percibieron mas de cerca la fragancia. El Papa solo le descubrió las manos, y para saciar su devoción, tocó el rostro, percibiendo en todo una admirable fragancia y blandura en la carne, que solo parecía tener de muerta el estar fría. Tocó y miró la penetrante herida del costado por la abertura del hábito: al pie, que pisaba el hábito, no quiso llegar, viendo en las demás partes la frescura de las llagas. Estuvieron todos absortos en admiración espacio de seis horas; pues aviendo entrado a las diez de la noche, salieron al romper el Alva, y les parecía aver estado brevísimo tiempo. Ofreció el Pontífice la guarda del/ (p. 545) silencio por asegurar al Guardián de los rezelos que tenía, si divulgada esta novedad portentosa, se hiciese más frecuente esta visita, y se resfriasse la devoción con la frecuencia. Pero el Señor, que quiere ser glorificado en sus Santos, no quiso quedasse este suceso en silencio, y boló su fama en plumas de muchos Historiadores de aquel siglo, para común edificación de el Orbe Christiano. De esta entrada de Nicolao Quinto en el Sepulcro de San Francisco, escribió dos elegantes cartas Francisco de Bauzio, Duque de Andria, una al Obispo de esta Ciudad, y otra al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, diciendo aver adquirido esta noticia de boca

de Astergio, Cardenal Arçobispo de Benevento, testigo de vista, estando en la hora de la muerte; a lo qual se movió de escrúpulo de que cosa tan digna de eterna memoria, no quedasse sepultada en el olvido. De otra entrada dexó escrita una larga y devota relación D. Galeoto de Galeotes de Bizoquio, ilustre Cavallero, a un hijo suyo, año de 1309, en que le aconseja con instancia ponga las diligencias para lograr la dicha de ver tan raro prodigio. Capítulo XXXV. Visitan el Santo Cadáver el Pontífice Sixto IV D. Gil de Albornoz, Cardenal y otros ilustres Personages. Intenta el Santo Pio V lo mismo, y no lo consigue.- El año del Señor de 1476 Sixto Quarto visitó el Sepulcro del Glorioso Patriarca, tocó y besó sus milagrosas llagas en compañía del Cardenal Arzobispo de Milán y de Andrés de Norsia, Capitán General de la Iglesia, con tres Religiosos del Convento. Fue uno mismo en todo el testimonio que se dio en esta ocasión de este prodigio; y solo hubo de particular, que el Papa le cortó al Santo algunos cabellos de la cabeça, que traxo siempre consigo por preciosa reliquia. Tuvo pensamiento de franquear a todos esta maravilla, y abrir para este fin puerta a la bóveda, pareciéndole sería de gran emolumento a la fee y devoción de los hijos de la Iglesia. Parecióle, empero, que materia tan grave, debia consultarse mucho; y mandó al Santo Fray Juan Capistrano, encomendasse a Dios en la oración este negocio. Hízolo con ardientes ansias, y tuvo revelación de el Señor, que no convenía por aora la publicación de esta maravilla, reservada para tiempos de mayor necesidad, y más oportuno al bien público de la Iglesia, con que el Papa cessó del intento. Deseó años después ver el Venerable Cadáver el Santo Pío Quinto; previno para el efecto al Reverendíssimo Fray Juan Pico Camerto, Maestro General de los Padres Conventuales; y aviendo hecho todas las posibles diligencias para abrir la bóveda, picando el muro por varias partes, no fue posible dar en la boca, con que el Santo Pontífice cedió de sus intentos. (p. 546) En una caja de madera entró el cuerpo de San Francisco en su bóveda, allí le dexaron tendido y colocado sobre el Altar, que estava prevenido, y no le registraron ojos humanos en siglos enteros, y entonces se halla puesto en pie sin arrimo en el ayre. Convino que después de tantos años se viesse un portento, cuya noticia pudo ser provechosa para la edificación; y no conviene ya que se vea, porque no se vulgarece, quedando en el misterioso Templo del secreto mas venerable. El Cardenal Don Gil de Albornoz fue el primero que tuvo la dicha de ver el Cuerpo de San Francisco el año del Señor de 1366. Este Príncipe, gloria de nuestra España, fue devotíssimo del Seráfico Patriarca. Reparó a expensas suyas gran parte del Convento grande de Assís, y a esta Ciudad, hizo particularísimos favores con el valimiento que tuvo con tres Papas. Estos beneficios movieron a la Ciudad y a la Religión para que con permiso de Urbano Quinto, se le franqueasse el Santo Sepulcro; y viendo en él la maravilla